

Por Daniela Romoleroux

(daniromoleroux@gmail.com)



Hace un año, de manera rápida y poco esperada, el mundo cambió para todos. A mediados de enero 2020, tenía en mi cabeza la idea de que en países lejanos a Ecuador, la gente estaba viviendo una nueva realidad, estaban combatiendo una enfermedad de la que poco o nada se sabía, veía noticias y sentía pena por la gente que estaba atravesando por esa situación.

En marzo 2020, como un huracán que motiva a la gente a guardarse en su “lugar seguro dentro de casa”, llega a Ecuador la noticia de que aquel virus tan lejano estaba aquí y que había llegado el momento de guardarnos con nuestras familias en nuestras casas sin exposición al virus.

Trabajo en el departamento de consejería estudiantil en un colegio de Quito. El tiempo fue corto para prepararnos y, sin embargo, en ese tiempo logramos montar las clases de manera virtual. El área de salud mental, manejo de nuevas rutinas, bienestar emocional, entre otros fue uno de los temas más conversados. Apoyar para sostener esa angustia que causa la incertidumbre de no saber qué va a pasar ha sido uno de los retos más grandes. Ha sido una oportunidad para conocer a muchas familias de niños que veía día a día en los patios del colegio. Empecé a verlos en pequeños cuadraditos en una pantalla, con movimientos chiquitos. Me impresionaba verlos aprendiendo a ponerse mute, a quitarse mute, a

seguir la clase, a “concentrarse”, a distraerse, a expresar su cariño por sus profes y amigos con los que habían compartido medio año de manera presencial. Hoy, un año más tarde, me comparten sus pantallas, generan links para reunirse, escriben correos o pequeños mensajes cuando lo necesitan. Me siguen enseñando sus mascotas, sus juguetes más especiales, sus cuartos, sus hermanos, etc.

¿Qué hacen conmigo? Los acompaño en su caminar virtual, escucho sus emociones, valido lo que sienten, les apoyo a conocer qué les comunica su cuerpo en diferentes situaciones y cómo estos mensajes corporales se unen a lo que sienten. Los acompaño a bus-



Los acompaño en su caminar virtual, escucho sus emociones, valido lo que sienten, les apoyo a conocer qué les comunica su cuerpo en diferentes situaciones.



car soluciones a los desafíos que encuentran en el camino (conflictos, desmotivación, manejo de emociones, etc).

En algunos casos trabajo el manejo de ansiedad, juego con ellos, y a través del uso del arte trabajo el área emocional. En ocasiones la virtualidad, el no poder estar ahí físicamente, no abrazar, no ponerles mi mano en su hombro o no tomar sus manitos y transmitir que estoy ahí con ellos ha sido mi más grande reto. Tantas veces he querido salir de mi pantalla, traspasar esta virtualidad.

Aunque mi deseo no se ha hecho realidad, sé que estoy ahí con ellos y ellos conmigo. En ese momento de conexión pongo todos mis sentidos para estar ahí y romper esta barrera que una situación de la que no tenemos control nos puso. Sorprendentemente, debo decir que esta barrera en muchos casos sí se rompe y que yo sigo aprendiendo de los niños.

Me admiro de su capacidad de resiliencia, de adaptación a los cambios, de su búsqueda de conexión y espacios seguros, de su voluntad de compartir lo que sienten y piensan.

Durante este tiempo he aprendido que uno puede dar solo lo que tiene. Que como adultos debemos estar conscientes de cómo nos sentimos, y que de esta manera podemos contener a los más pequeños que están cerca nuestro. He aprendido que la salud mental y el bienestar emocional es la base para construir nuevas vivencias. Pedir apoyo emocional es una necesidad y una muestra de fortaleza interior.

He valorado y he agradecido por el equipo de trabajo tan valioso que tengo. Hacer planes para apoyar a cada niño enfocándonos en sus necesidades ha sido posible en muchas ocasiones. He aprendido que padres y colegio formamos un equipo muy impor-

tante, y que cuando este equipo funciona, los niños ganan, todos ganamos. He aprendido que en la vida hay muchas cosas de las que no tenemos control, pero que sí tenemos control de cómo decidimos vivir estas experiencias. En muchas ocasiones es importante salir de nosotros mismos para poder reencuadrar la situación y verla desde diferente perspectiva, una que nos permita crecer y salir del estancamiento.

He aprendido que el mundo es pequeño, que lo que pasa lejos de Ecuador está más cerca de lo que creemos. He podido vivenciar y participar de la generosidad de mucha gente para unirse y enfrentar dificultades de manera conjunta.

Ver a muchos expertos alrededor del mundo impartiendo conocimientos de manera virtual, compartiendo experiencias alrededor del mundo, cursos en línea para hacer frente a las adversidades, entre otras.

Finalmente, he aprendido y he sentido que no hay nada que se compare con los abrazos de los niños y la posibilidad de ver sus ojos de manera directa. Agradezco poder estar cerca de tantos niños y familias, trabajar con ellos y crecer juntos. Llegará el día en que nos volvamos a abrazar, estar en las aulas y jugar en recreos. Espero que ese día venga y se cosechen los aprendizajes que esta pandemia ha traído.

He aprendido que padres y colegio formamos un equipo muy importante, y que cuando este equipo funciona, los niños ganan, todos ganamos.